

Dopo Caporetto, 1917

After Caporetto, 1917

Giuseppe Prezzolini
(Perugia, 1882 – Lugano, 1982)

Traducción recibida el 2/03/2018 y publicada el 15/07/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Iniciado en el peridismo a edad muy temprana, Giuseppe Prezzolini (Perugia, 1882 – Lugano, 1982) es especialmente recordado por haber fundado en 1903, junto a Giovanni Papini, la celebrada revista *Leonardo*, en la que participó hasta 1908, año en el que, también junto a Papini, dan salida a un nuevo proyecto, la revista *La Voce*. Tras la Primera Guerra Mundial, en la que participó como capitán del ejército italiano, se muda a Estados Unidos, país en el que permaneció durante un cuarto de siglo. A su vuelta a Italia, continuó su trabajo como escritor y periodista en *Il Resto del Carlino*. Entre sus principales obras se encuentran *Dopo Caporetto* (1919) y *Vittorio Veneto* (1920).

8 de julio 1919

Estas páginas fueron empezadas en los primeros días de noviembre de 1917 y terminadas el día 10. Tal cual, salvo pequeños cambios de palabras, hoy las publico porque anteriormente la censura no lo habría permitido, ni yo mismo habría consentido publicarlas así, y porque creo que sobre el hecho de Caporetto, Italia debe aún meditar mucho. Por favor, para juzgar con conocimiento de causa, leed las páginas que siguen sobre Vittorio Veneto.

Giuseppe Prezzolini.

Estamos todavía tan cerca de la catástrofe y tan lejos de tener testimonios importantes que nos puedan guiar para formarnos una idea sobre su desarrollo, que parece absurdo querer centrarse en el pensamiento e intentar comprender «lo» que ha sucedido. Sin embargo, no se puede hacer otra cosa. Es una exigencia de nuestra vida intentar comprender y lo es, sobre todo, en un momento como este. No se puede concebir una mente italiana que, en estos días, pueda pensar en otra cosa, centrada en otra cosa, esforzándose en ver otra cosa. Y, además, si los testimonios son ciertamente necesarios para saber «cómo se han desarrollados los hechos», no lo son en cambio para formarse una idea de «cómo fueron posibles». Durante estos años de guerra, se unieron demasiados voces de observadores y nos hemos observado demasiado a nosotros mismos para no darnos cuenta de los sucesos que se han preparado. La investigación de las causas va más allá de la finalidad de la guerra: remonta a la cualidad primigenia de nuestro pueblo y al estado real del país en los años que la precedieron. No nos sentimos adeptos a aquellos que van a la búsqueda del culpable, hombre o sistema, y se satisfacen con un cambio de cabeza. Cadorna pagará por él. Pero pagará mucho más por toda la Italia. Y eso es grave: que su error sirva para cubrir los errores de tantos. La historia no admite, como la teología pagana, los chivos expiatorios y se venga inexorablemente de las culpas escondidas. Catástrofes como la actual no se agotan en una causa ocasional, sino que son el resultado de complejos, múltiple, remotos factores. Estos revelan una realidad que los más ignoraban, de modo que los problemas que hacen surgir son siempre dos: uno, sobre cómo nacieron; el otro, sobre cómo permaneció oculta su preparación. Sin entrar en particularidades que todavía nadie es capaz de reunir con suficiente cuidado para aducir el proceso histórico, esto es cierto y fundamental: que no se trata de una

catástrofe militar derivada solo de erradas disposiciones de un general o de un estado mayor, o únicamente de una traición, o principalmente de una inferioridad armamentística y de hombres; sino de una disgregación moral, repentinamente reveladora en un momento crítico y sobre una parte no pequeña del ejército, que hace perder a este, en un período de pocos días, dos tercios de su eficiencia bélica, casi todo el material de guerra y posiciones conquistadas en dos años y medio de dura lucha.

¿Cómo ha sucedido eso sin que las clases dirigentes del país presintieran nada, sin que el Mando del ejército comprendiese el alcance, la importancia de los hechos y su irreparable gravedad? Estas son las cuestiones más interesantes.

LA FALTA DE PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO. 1915. El ejército italiano entró en guerra en mayo de 1915 absolutamente falto de preparación militar y moral. No solo los hombres en los batallones, desde hacía meses, no habían sido instruidos con las armas durante el invierno en los nuevos sistemas que la guerra europea había revelado, sino que faltaba el material que el nuevo carácter de esta, especialmente después de la Batalla del Marne, imponía a cada ejército que no quisiera ser derrotado antes de poder ver al enemigo. Entramos en guerra con un armamento «prehistórico». No teníamos una gran artillería. Nadie en nuestro Estado Mayor, salvo quizás el general Dall'Olio, había creído nunca en una gran artillería. Nadie había cambiado de opinión en diez meses de guerra europea. La imaginación popular, con sus mitos que envuelven profundas verdades, había inventado una particular fábula: que se declararían la guerra apenas alcanzáramos el tramo de 520, capaces de superar a los alemanes. Lo que el buen sentido del pueblo había comprendido toscamente, esto es, que la guerra podía ganarse solo por medio de la supremacía en la artillería, no lo comprendieron nuestros generales. La dotación de piezas menores era la mitad de la que se usaba en Francia en el invierno de 1914. Los regimientos no tenían apenas ametralladoras. Algunos batallones atravesaron la frontera equipados con ametralladoras de madera de las usadas en las prácticas. Desconocían las bombas de mano, y todos aquellos que sobrevivieron en la primera avanzada pueden atestiguar el terror que supusieron en nuestras tropas. Los oficiales participaron en los primeros combates con sable y vestidos de tal manera que eran rápidamente alcanzados. La aviación no funcionaba. Ninguno de los jefes lo había creído. Para ellos era un juego. Entre la artillería y la infantería no había ninguna relación, ningún entendimiento: nuestra artillería terminaba por disparar sobre nuestros soldados. Se pretendía cortar los cercados con pinzas de mano y con tubos de nitroglicerina. En esta imposible tarea fueron sacrificados los mejores elementos de la infantería y de nuestro genio. Los superiores, que estaban en tercera línea, no se rindieron nunca a la realidad y mandaban al matadero, contra los cercados intactos, a masas de hombres. La muerte era segura e inútil. El heroísmo de los inferiores se mezclaba con la imbecilidad de los superiores y deben datarse en aquella época esas tarjetas austriacas lanzadas entre nuestras tropas en las que se veían a nuestros soldados con cabeza de león guiados por generales con cabeza de burro. Caricatura cruel, pero verdadera. Se concebía la guerra como en los viajes manuales escritos con la experiencia de 1870. La cultura militar de los oficiales era escasísima: basta coger las revistas militares de los últimos años para darse cuenta. El Reglamento del servicio de guerra es simplemente ridículo. El ataque frontal de Cardona se basa en la guerra de Flandes, inaceptable en nuestro frente. Lo que es de verdad es de buen sentido; lo que no es de buen sentido, no es verdad y es peligroso. Pero también en este trabajo se navega en las alturas. Es necesario, para imaginar la mentalidad de los

oficiales superiores, pensar en gente que parece que no hayan leído, ya no digo informes secretos o revistas militares, sino periódicos, quizás a excepción el índice, el resultado de la lotería y las reseñas deportivas. En su gran mayoría, parecía que casi todos ignoraban lo que había sucedido en agosto del 14. El soldado veía al enemigo equipado con el equipamiento más perfeccionado: reflectores, misiles, periscopios; se veía espiado, vigilado, bombardeado por los aviadores enemigos, sin que nuestra artillería aviadora los abatieran; se encontraba frente a líneas naturales bien elegidas por la defensa, que había visto abastecer bajos sus ojos mientras se ganaba tiempo, con refugios provistos de ametralladoras, cómodos y seguros en su defensa; se sentía acibillado por una artillería superior a la nuestra y, por tanto, seguramente más eficaz moral que materialmente, pero siempre espectacular. De modo que, en poco tiempo, había terminado por tener desconfianza en los propios sistemas, en los propios jefes, en la propia artillería. A finales de 1915, la infantería ya estaba desmoralizada. La ofensiva de noviembre les había dado un golpe tremendo, por el inútil desperdicio de víctimas y por la absoluta falta de resultados. El año de 1915 quedará, para quien quiera que estuviera entonces en el frente, como un año desastroso y deprimente. En él, el ejército fue desprovisto de los mejores elementos que se sacrificaron sin fruto, estancándose y destruyendo la flor y nata de las tropas y lo mejor de los oficiales y de los voluntarios.

AUSENCIA DE UN PLAN ESTRATÉGICO. Desde el primer año faltó un plan estratégico. Las ofensivas fueron múltiples, sin conexión, sin previsión de medios, sin objetivos a largo plazo, sin explotación de los resultados locales. La falta de refuerzos o la falta de municiones, la indecisión en las órdenes, regresaban continuamente con amargura en los relatos de los oficiales y de los soldados como las causas de acción comenzadas bien y acabadas mal. Se permitía que las posiciones austriacas se reforzaran después de haberlas bombardeado, sin atacarlas inmediatamente; se abandonaban unidades sin apoyo cuando habían ocupado alguna posición importante. En el Trentino, según numerosos testimonios, una mayor rapidez habría sorprendido a fuertes desprotegidos y posiciones importantes abandonadas. Toda la guerra fue así, desde el principio, por falta de objetivos bélicos. Objetivos más sentimentales, como Trento o Trieste, no fueron alcanzados. Las acciones tendían a la conquista de una cima, una cota, una punta. Sin más nombre que el de su altura sobre el nivel del mar, su conquista costó miles de víctimas. De esto la historia de nuestra guerra está llena. Un absurdo dominaba todo. Mientras se declaraban indefendibles los límites que teníamos y se entablaba la guerra por la conquista de unos límites mayores, no se sabía hacer otra cosa que, sobre aquel inmenso confín indefendible, extender en una delgada línea a todo el ejército, sin conseguir constreñir a Austria ni inmovilizar, en los primeros tiempos, medio millón de hombres.

Solo con el tiempo, imitando tardíamente a los extranjeros, se buscó romper el frente por un punto determinado, pero siempre con medios inadecuados. Nuestra especialidad siempre fueron las ofensivas a corto plazo. En estas se sacrificó un mayor número de hombres y, sobre todo, se paralizó a un número mayor que no utilizando vigorosamente masas enormes en un decidido plan contra un único punto enemigo. Por lo demás, las breves ofensivas eran queridas por los jefes, quienes esperaban promocionar y no buscaban en la guerra otra cosa que hacer su propia carrera. El soldado sabía y comprendía muy bien todo esto y luchaba a disgusto, tan solo para que un coronel ascendiera a sargento o un sargento a comandante de la división. Demasiado tarde se comprendió que en nuestro frente una sola ofensiva

podía tener éxito, la que era realizada en común con todos los aliados. Sin embargo, ni aun entonces se renunció a las ofensivas parciales. El factor moral quedó desatendido. Se olvidó el trato a los voluntarios y a los irredentos. Era, por lo demás, una vieja tradición de nuestro ejército y de un Estado mayor contrario a la disciplina de persuasión. Pero se intentó explicarles a los soldados el porqué de la guerra, los datos fundamentales de esta, su necesidad y las ventajas que podían esperar de ella las masas. Nunca se les representó quién era el enemigo... Nunca se intentó atraer al soldado por medio de intereses, premios, beneficios sociales, ni se rindieron honores especiales a quienes de verdad hacían la guerra. La misma medalla al valor se distribuyó sin equidad. Muy pocas al soldado raso, demasiadas a los oficiales adheridos al mando. Así pues, fue pésima la concesión de medallas por banales motivaciones a parlamentarios y a periodistas que vivían cerca del Comando Supremo. Y ya no es solo que estos no hubieran demostrado coraje y valor, sino que casi diariamente oficiales y soldados combatientes que carecían de ellas demostraban mucho más. La injusticia era motivo de ofensa. Había tantas clases y tipos de cruces que la medalla al valor tendría que haberse dosificado. Solo en los últimos tiempos se intentó llevar algo de consuelo y propaganda a las tropas. Pero demasiado tarde. Estas ya estaban cansadas y desconfiaban. Además, la tropa no puede tolerar propaganda de elementos contra los que no combaten y que no se confronte con sus malestares y sus riesgos. Solo a los heridos y a los mutilados se les debería haber permitido hablar a los soldados: cuando lo hacen los otros, sobre todo burgueses, se produce el efecto contrario.

Los elementos que una habrían podido realizar una asidua acción propagandística eran los provenientes de las facciones populares, convertidas a la causa de la guerra. En estas estaban las capacidades de conocer el espíritu popular, de sorprender las objeciones y de rebatirlas. Pero, sin embargo, fueron puestas bajo vigilancia en cuanto sujetos peligrosos. Así que, a menudo, sus convicciones intervencionistas eran objeto de maltrato, de antipatías, de odios y de abusos por parte de los superiores, neutrales debido a la germanofilia o, más a menudo, sencillamente debido al hartazgo de la guerra. Una voz unánime se alzaría, acabada la guerra, de entre las filas de los voluntarios y los irredentos, alistados como simples soldados o como alférez, a los que no se les concedió formar un cuerpo especial: estas voces confesarán el bárbaro trato a los que se les sometió porque así lo habían querido o, como se decía, porque ellos habían sido la causa de la guerra.

¡Cuánto drama por ahora ignorado por el gran público! Jóvenes llenos de fe y con un gran futuro encontraron la muerte no ya en el cumplimiento de un deber igual para todos, sino en la arbitrariedad e impuesta exposición al peligro ordenada por los superiores; infinitas almas perdieron su alegría y su confianza. Quien habla de propagando no sabe que esta encontraba los más graves obstáculos en los altos mandos. Los mejores elementos por fe, convicción, conocimientos se encontraron al comienzo de la campaña en los mandos subalternos. Soldados y oficiales superiores podían a veces compararse los unos a los otros, por inercia mental, frente a problemas generales y también frente a problemas técnicos de la guerra. Y de esa manera, elementos que habrían podido renovar el ejército, se encontraban a menudo combatiendo la ignorancia de las masas sin tener el apoyo de los superiores, así como la animosidad de los superiores sin tener el apoyo de las masas.

EFFECTIVOS, DE COMPLEMENTO Y TERRITORIALES. Un malestar moral se manifestó en el ejército debido a las relaciones entre mandos oficiales y los de complemento o territoriales. Los primeros miraban de arriba abajo a los segundos, a los que

consideraban poco instruidos. Los segundos sentían esa antipatía y la devolvían, lamentándose de que, con la complicidad de los mandos superiores, los primeros se reservaban los puestos más seguros en el país o en el frente; en un regimiento que yo conozco, de cinco subalternos efectivos que partían hacia las fronteras, cuatro se colocaban durante el viaje en las trincheras, enfermaron, el quinto fue destinado al transporte. En general se notaba esa contradicción: que especialmente los oficiales efectivos, que habían elegido la carrera de las armas como un trabajo y para quienes la guerra debía ser si no una razón de alegría, como para los mejores, al menos un riesgo previsto, intentaban huir de sus consecuencias y mandaban a la vanguardia a los oficiales de complemento o a los territoriales, para quienes la guerra no era sino un incidente de la vida.

La razón adoptada para esta emboscada, es decir, las consecuencias técnicas de los oficiales efectivos, caía frente al hecho de que nada en esta guerra se aplicaba y se asemejaba a lo que aquellos habían aprendido y se enseñaba en sus manuales. Todo se implantaba de nuevo y todo había que aprenderlo. La mente de los jóvenes oficiales de complemento y territoriales, provenientes de carreras libres, más frescos y no interesados en el ascenso, estaba bastante más adaptada que la mentalidad acostumbrada a sistemas fijos y acomodados debido a la pereza humana de los oficiales efectivos.

El mismo dualismo se manifestaba entre la Sanidad militar y sus elementos médicos provenientes de la Universidad, de las clínicas, de los hospitales.

EL OFICIAL ITALIANO. LA FALTA DE PREPARACIÓN. El oficial proviene, en general, de la burguesía. Tiene todas las cualidades, tanto las buenas como las malas, en el campo militar. Lo que el oficial ha hecho en el ejército, durante la guerra, es lo que la burguesía ha hecho en el país después del Risorgimento. No podría ser de otra manera. En nuestro país falta una verdadera clase dirigente; pocas regiones tiene una «burguesía» digna de ese nombre francés del siglo XIX; nuestra burguesía, mientras recurre a propios privilegios, no siente el peso de los deberes y responsabilidades que acarrea el puesto que ocupa. Traducid estas constataciones en lengua militar y tendréis un juicio exacto del cuerpo de los oficiales. Es una clase dirigente improvisada, falta de instrucción y con un sentido del deber no muy difundido, la seriedad de la vida no tiene fuertes raíces y se es más proclive a hacer valer sus propios privilegios que a sentir el peso de la propia posición. Por parte de los jóvenes se puede notar un poco ordinario desprecio por el peligro y la muerte. La burguesía italiana, en cincuenta años de unidad, no ha sabido crear un cuerpo y una tradición militar. Nunca ha tenido estima por el oficio de las armas, y ha enviado allí a los hijos más ordinarios. Ha dejado que la vida del ejército se desarrollase separada de la vida de la Nación, sin ocuparse nunca de lo que sucedía en ella y de cómo se gastaban los millones que siempre se les concedía, quizás con reluctancia o con desprecio, pero siempre concedidos. Muchos burgueses, que podían, no hacían la carrera de oficial de complemento. El panorama era muy pobre. Entre efectivos y de complemento éramos apenas 15.000 oficiales al comienzo de la guerra. Hay que decir también que una novena parte de los oficiales tuvieron que improvisarse, con cursos de dos o tres meses, y que al comienzo fueron mandados al frente incluso sin ninguna instrucción.

Si el oficial italiano, así improvisado, dio frutos bastante buenos, fue, como queda dicho arriba, superado por la novedad completa de la guerra, por lo que los técnicos, que tenían una cantidad de ideas y de costumbres cristalizadas, tuvieron que romper con aquellas antes de adoptar las nuevas conforme a la realidad, mientras los otros

han tenido solo que aprender a través de la práctica; y, además, porque tenemos más éxito cuando el estímulo de la necesidad nos constriñe a trabajar con la mente, antes que cuando tenemos que poner en obra el pensamiento por una providencia que sobre nuestro espíritu nunca tiene gran peso.

Los oficiales improvisados aprendieron rápidamente, pero el ajuste no fue posible sin graves pérdidas y sin desorden. Ahora todo el peso de la falta de preparación material y moral, de la improvisación de los oficiales, las disidencias entre estos, la falta de un concepto y de una coordinación estratégica de las acciones recayó, como siempre sucede en cada fracaso militar, en las espaldas del soldado. El soldado es quien más ha sufrido.

EL SOLDADO ITALIANO. El soldado es la pieza fundamental en la que hay que detenerse porque fue el agente principal de la catástrofe. ¿Quién es este soldado italiano que, según los periodistas, habría sido heroico y patriota ferviente durante dos años y medio, sin vacilación, y sin excepción, y que tras esos dos años y medio habría cambiado completamente hasta producir tal giro como el actual?

La práctica de los sucesos humanos nos enseña que no puede haber sido un cambio tan rápido; que cualquier cosa de lo que se ha revelado tenía que haber estado desde el comienzo; que otras cuestiones se habrán añadido por el camino. En cuanto al velo que escondía todo esto, veremos quién lo ha puesto. El soldado italiano nunca ha sido, ni podía ser, el héroe continuo que describían los periodistas; no podía serlo porque no lo es en ningún país del mundo y mucho menos en el nuestro, que no ha tenido una tradición militar. Las guerras en nuestro Risorgimento hoy nos hacen sonreír. La Cernaia costó dieciocho muertos al ejército piemontés. Todas las batallas juntas del Risorgimento ofrecen una cifra de pérdidas no mayor que la de un gran combate de hoy: 6000 muertos. La unidad de Italia ha sido definida como una lotería. No costó ni muchas fatigas ni grandes sacrificios. No tenemos jefes militares y no formamos una tradición militar. Las guerras coloniales de Eritrea y de Libia han confirmado estas experiencias. Además de la falta de disciplina militar, el italiano adolece de aquella disciplina civil que, como en Inglaterra, se puede transformar en disciplina militar si se ve la necesidad.

Si el oficial es el espejo de la burguesía, el soldado es el espejo del pueblo: y los dos no se diferencian mucho, porque un pueblo tiene la clase dirigente que sabe exprimir su sangre, y la clase dirigente tiene al pueblo que sabe educar y dirigir. Cada pueblo tiene a los gobernantes que se merece y cada gobernante tiene a los servidores que sabe elegir. El soldado italiano no tiene muchas cualidades militares, a excepción en el ataque, siempre que tenga jefes que prediquen con el ejemplo e inspiren confianza. Si es así, se lo lleva a donde quiera. Sin embargo, le falta deseo de trabajar, no tiene mucha precisión, ni amor por la patria, poca disciplina, débil sentido del deber. Mirad cómo prefiere quedarse bajo el peligro de las balas, antes que excavar más profundamente su agujero y hacer su barricada más alta.; no le importa correr el riesgo de ser atravesado por una bayoneta con tal de no hacer guardia por la noche; y parlotea y fuma aunque sea descubierto por el enemigo. En compensación de estos defectos, graves en una guerra como la actual, tiene en dosis extremas una cualidad grandísima, y es la capacidad de sufrir y de soportar hasta un punto que alcanza lo inverosímil. Para que un soldado italiano se rebele tienen que haberse sobrepasado todos los límites humanos. Su desahogo es más bien la palabra que el gesto. E incluso en la reciente catástrofe ha sido más bien con la pasividad como ha demostrado hasta qué punto estaba cansado y descontento. Pero si el pueblo italiano siempre ha tenido, desde siglos, esta enorme cualidad de soportar, nunca,

creo, ha dado tanta prueba de ello como en esta guerra; en esta, en efecto, sin saber por qué, ha combatido contra un enemigo que no odiaba, ya que no lo conocía, dentro de un clima hostil, en condiciones incómodas y, en los últimos meses, con insuficiente sustento, bajo las órdenes de jefes que demasiado a menudo no se preocupaban por él nada más que para ordenarle ir en busca de nuevos sufrimientos y nuevos riesgos, en donde ni siquiera veía flamear la corona de la victoria: aquella victoria verdadera, tangible, eficaz, que para el pueblo es la huida del enemigo, la conquista de sus ciudades, de sus tierras, de sus capitales; aquella victoria que para el pueblo (más idealista de lo que se cree) a menudo es suficiente para hacer callar cada dolor y cada estímulo, para tener pan y familia, reposo y bienestar. El soldado italiano no es, por lo tanto, el héroe sin falla de los corresponsales de los periódicos, ese que pide quedarse en la trinchera cuando se acerca el cambio de turno; no es el héroe activo que esta gente ha dibujado, sino que es un gran héroe víctima, pasivo, enorme, si se piensa en los tormentos, los peligros y en las inútiles e incomprensibles incomodidades. No es una cualidad de primer orden, pero es evidente que se puede extraer de ella bastante más de lo que se ha sacado.

Se podría haber conseguido no romper una cuerda tan elástica y que había dado insuperables pruebas de bondad, pero que había advertido también, desde hacía mucho tiempo, que su resistencia estaba al límite. No se han tenido en cuenta los gritos contra la guerra; las ráfagas de protesta abiertas desde enteras unidades llegadas desde los trenes y en los campos; las crecientes reacciones de insubordinación de los desertores, sea entregándose voluntariamente al enemigo, sea como forajidos por el país con la complicidad de las poblaciones e indiscutiblemente con la tácita aquiescencia de la autoridad pública de seguridad y de los carabineros; los prisioneros, demasiado numerosos frente a las pérdidas que había en las secciones y que testimoniaban escaso espíritu combativo. Iban a la ruina los regimientos que se portaban bien y se mantenían alejados del peligro, pero también los faltos de espíritu; apesadumbrando justamente a los primeros y reforzando en los otros la idea de que portarse mal era el mejor modo para salvar la piel y que solo los «tontos debían hacer la guerra».

En fin, no se ha comprendido nada del soldado, no se ha sabido nada del soldado; si el lado material, con el que se marchó a la guerra en mayo de 1915, va mejorando, y en 1917 alcanza a ser casi contemporáneo, el lado humano irá decayendo cada vez más; el aspecto moral es cada vez más despreciado. Recurrir a categorías no instruidas, a reciclados, así como el paso de clases territoriales a milicia móvil, la descuidada y rápida promoción de elementos de escasa cultura y de dudosa fidelidad, las carreras desesperadas de Módena, de Parma, de Caserta, produjeron unos soldados y unos oficiales cada vez peores físicamente y siempre poco dispuestos moralmente. Fue pésima la idea de obligar a convertirse por la fuerza en oficiales a los que, teniendo títulos, se habían alistado como ordenanzas, carabinero o funcionarios: todos ellos fueron un elemento nocivo, fueron al frente con rencor y con el deseo de la derrota. Se puede comparar este error al de enviar al frente, y parece que al sector donde los alemanes después atacaron, a los obreros de Turín, a quienes por los sucesos allí acaecidos, se les había quitado la dispensa: actuaron como propagandistas y se convirtieron en propagadores del pánico. Pero el golpe final a la resistencia moral del soldado fue dado, según este que escribe, con la reducción del sustento. En los últimos seis meses, los hombres de las tropas comían bastante solo si sus oficiales se molestaban en mejorar el rancho. En las unidades donde esto no sucedía (y eran, se comprende, la mayoría) se moría de hambre. Esta es la verdad, y no aquella de los médicos y de los oficiales superiores que aseguraban

que todo iba bien y que el soldado había consentido con patriotismo a la reducción de los víveres, reducción un tanto imprudente sobre todo cuando pesaba sobre tropas cansadas de dos años y medio de guerra y que además, durante el primer año, habían gozado de una inverosímil abundancia, hasta el derroche.

LOS LICENCIADOS. Se ha dicho, con razón, que una de las causas del descontento de las tropas residía en los licenciamientos. Y de hecho, contra los licenciados, las protestas de los soldados y oficiales al frente eran muy vivas: se añade incluso los fusilamientos a los ferroviarios. El último hecho, sin embargo, denota ya cómo este resentimiento, justo en apariencia, revela un fondo de ignorancia y de mezquindad personal. ¿El odio general de las tropas y del país contra los licenciados nacía quizás de un vivo sentimiento de ofendida justicia y de amor por el país, al que le quitaban efectivos para la defensa, o por un egoísta deseo de que los riesgos e incomodidades de la guerra fueran distribuidos entre todos con igual medida? En mi opinión, el sentimiento que dominaba era este último, y muchos de aquellos que gritaban más contra los licenciados estaban dispuestísimos a hacerse licenciar en cuanto se les presentase la ocasión. Era, en fin, un prejuicio democrático y no un deseo de verdadera justicia lo que animaba a muchos publicistas a apoyar la campaña popular contra los licenciamientos. Era más bien por el terror a la opinión pública y no por el interés hacia el país que los ministros buscaban satisfacerlos tomando medidas contra los licenciamientos.

El curioso criterio que ha regulado la criba ha sido en general este: los hábiles al frente, los no aptos a las oficinas. ¡Como si las oficinas no tuvieran a menudo, en una guerra como esta, mayor importancia que el frente; como si el buen funcionamiento de un servicio no tuviera a menudo mayor importancia para el frente y para el país que la buena conducta en una sección! La criba se hacía basándose en un único, pero rígido, criterio: el de la utilidad y rapidez de los servicios: el de la utilización de las competencias, el de la caza de los verdaderos incapaces de los puestos donde se encontraban, al frente o en el país. Por el contrario, se ha buscado la igual distribución de los riesgos y de las incomodidades de la guerra sobre las cabezas tanto de oficiales como de soldados. La mentalidad democrática era tal que, si hubiera podido, habría enviado durante seis meses a infantería a los chóferes, a los de artillería y a los encargados de las municiones. No para vencer primero, sino para contentar a la mayoría. Si, por ejemplo, para la oficina de Pensiones, hubiese sido necesario un cierto número de habilitados para que el servicio funcionara bien, ¿quién no habría concedido los que hicieran falta, aun a costa de crear de esa manera tantos privilegiados, pensando en la utilidad para el país de la rapidez de aquella Oficina? El mal no estuvo en que jóvenes aptos fueran mantenidos en las oficinas, al mando, en puestos seguros, o que soldados menos jóvenes y menos aptos estuvieran en primera línea; el mal es que se dejaron en las oficinas a los incapaces y que de vez en cuando, en función de leyes absurdas que querían solo a ciertas clases o ciertas inhabilidades, perjudicaron servicios que funcionaban bien.

El licenciamiento es una vieja enfermedad italiana que la guerra ha agravado y revelado de forma más antipática, pero que contamina nuestra vida: es el deseo de no asumir responsabilidades, es el miedo a ofender a la opinión pública general. Licenciarse es sencillamente no hacer el propio deber. El verdadero licenciado no era el oficial de clase, joven, puesto al mando, sino aquel que, puesto en el mando, no hacía bien lo que tenía que hacer. En el general descontento contra los licenciados se alzaba la voz de la envidia y muy poco la voz del interés por el país. De otra manera no se habrían pedido formalidades tan ridículas como la necesidad de ser de la

tercera edad o estar incapacitado para cumplir con tales servicios. Se habría pedido la aptitud para realizar tales servicios. Desgraciadamente, a pesar de las leyes, el licenciamiento se mantuvo, hablo del verdadero y propio licenciamiento, el de cambiar de profesión o trabajo para estar entre los que corren menos riesgos. Las leyes, las reglas y las circulares no podían cazar a los abogados convertidos en chóferes y a los adinerados transformados en improvisados torneros o directores de oficina de municiones o recaudadores municipales o agentes de seguros. Siempre que la opinión pública pide alguna ley contra tal flagrante inmoralidad, puede uno estar seguro de que la ley será burlada o aplicada suavemente. La verdadera moralidad actúa sin leyes. Un país sano reprime el licenciamiento con menos leyes.

SABOTAJE MILITAR Y CIVIL. En el interior del país, las autoridades saboteaban la guerra. También los militares. Fuera por la necesidad derivada de la falta de oficiales, fuera debilidad frente a los peces gordos, es cierto que no se podía tener idea peor que la de enviar a generales y coroneles desplazados a los puestos territoriales, donde se debía llevar a cabo la preparación de los hombres para la guerra. Si no lo eran antes, se hacían de repente neutrales por el simple hecho de haber sido humillados. La psicología del oficial de carrera, como también siempre la del oficial superior, es esta: que todo está en la carrera. Fuera de esto, no se ve nada más. No se es un hombre, se es un militar de carrera. Por la carrera puedo llevar a cabo cualquier cosa. Eran incapaces de hacer de verdad la guerra, y no se comprende cómo podrían preparar a los hombres que debían combatir: estaban irritados, y no se sabe por qué se encomendaban a ellos mismos encargos tan delicados, para los que se necesitaba tener, sobre todo, un ánimo cargado de entusiasmo y una voluntad decidida a vencer todas las dificultades. ¡Cuánto mejor lo hubieran hecho los valientes oficiales aunque de rango inferior a quienes heridas o enfermedades mantenían alejados del frente! Son esos los generales que en los puestos territoriales angustiaban a los oficiales y soldados con formalidades, con mezquindades, con castigos por cosas que no tenían nada que ver con el comportamiento moral del combatiente, sino con su vestimenta o sus cabellos o sus horas de descanso. Son esos los generales que, todo lo contrario, obstaculizaban y no animaban nunca a los oficiales que en realidad querían comunicar a las tropas su entusiasmo y su confianza.

Ciertamente nada más triste que aquellas oficinas territoriales donde se debía formar el ánimo del soldado y la primera instrucción al oficial novato: nada más desordenado, confuso, pesado e inútil para la guerra. El formalismo, los espejos, los mapas, la pedantería, ni siquiera estaban coordinados entre ellos, sino que era una fuente infinita de contradicciones, todo ello agotaba las fuerzas y hacía perder el tiempo. La instrucción de los reclutas se mejoró solo en los regimientos de nueva formación, porque a estos llegaron oficiales y graduados enviados del frente, los mejores. Pero también aquí, ¡qué falta de sentido de la realidad, cuántos inútiles desfiles en las plazas de armas, qué distanciamiento de la verdadera guerra! No se hacía, o se hacían muy raramente, marchas nocturnas por los caminos: no se practicaban disparos durante la noche, se hacía poco trabajo de excavación y había una insuficiente especialización en las unidades. Pensemos en lo que se lee de la real instrucción inglesa, hecha en campos que reproducen los variados accidentes del escenario de la guerra donde tiene que combatir el soldado inglés. En tal instrucción, incluso, ofrecen a la bayoneta la diana de un muñeco de paja, y quien sale de la trinchera para iniciar el asalto se lleva la sorpresa de descubrir que son bombas que no hacen daño, pero que dan la ilusión de ser verdaderas. No hablamos del primer

año de guerra, sino de después, ¿cuántas veces ha sucedido que unidades enteras iban a primera línea sin haber lanzado nunca una modestísima bomba Sipe?

Por otra parte, la burocracia civil sabotaba el país. Más de la mitad de los altos funcionarios debían sus carreras, no siempre legales, a Giolitti. No debían tanto su ascenso a capacidades técnicas como al sometimiento a realizar servicios políticos, sobre todo electorales. Directores generales de Ministerios, de Tribunales de Cuentas, de Corte de casación se encuentran en estas condiciones. ¡Qué oportuno que fueran flacos de espíritu, neutrales y que desearan que la guerra fuera mal para poder decir que Giolitti tenía razón! Sin embargo, muchos de estos habrían actuado con menor impudicia si una mano fuerte, en las altas esferas, los hubiera vigilado y hubiera hecho sentir la autoridad del Estado. Pero no encontraron sino indulgencia y connivencia. Mientras el Mando supremo licenciaba a docenas de generales, ni un prefecto, ni un director general, ni un secretario fue amonestado o trasladado o suspendido de su puesto.

La burocracia romana, pues, no se movió ni un centímetro, no se transformó, no cambió su horario, no simplificó su servicio. Aumentó las funciones, multiplicó los interinos, mantuvo a todos los empleados que pudo como indisponibles, impidió a las fuerzas libres manifestarse, excluyó a los competentes e inundó el país de malestar y malhumor. Algunas veces lo hizo a propósito. La mayoría de las veces, inconscientemente, con la fuerza bruta de las máquinas que trabajan a su ritmo sin comprender nada del ambiente en que trabajan. Para estas la guerra no existía. Las vejaciones de las que fueron objeto el campesinado, que proporcionaba el mayor número de hombres a la guerra, con el fin de favorecer la vida en la ciudad a los obreros exonerados y bien pagados, tenía resonancia en las cartas de las mujeres a sus maridos en el frente, con el efecto que se puede uno imaginar. Los métodos y el personal que se requisaban a menudo fueron lo más bestiales y poco prácticos concebibles: relatos sobre grano dejado en sitios donde acababa germinando, transportado a las capitales para ser de nuevo transportado donde había sido producido, distribuido a los molinos no de forma equitativa; forraje que se dejaba pudrir y fermentar, etc... las historias son infinitas. El mal uso se unió a la violencia. Solo la deshonestidad y la acostumbrada anarquía del de abajo, que es el remedio tradicional para la anarquía de los de arriba, solo los arreglos ante los que las personas de buen juicio cerraban los ojos y dejaban que se «arreglase», volvieron las condiciones de las campañas menos desesperadas.

Las licencias fueron ocasión de desahogo y de cómplices secretos entre el frente y el país. Uno alteraba al otro. Por una parte, los soldados contaban las durezas sin gloria del frente; por otra, el campesinado las cargas sin compensación moral del interior. Había quienes acusaban al país de desanimar al ejército, quienes acusaban al ejército de desanimar al país. Como sucede a menudo, ninguno de los dos estaba equivocado, país y ejército se desanimaban mutuamente; los dos se equivocaban al no darse cuenta de que uno y otro llevaban en sí las razones del propio descontento.

EL MANDO SUPREMO Y EL GOBIERNO. SUS MÉTODOS CON LAS TROPAS Y CON EL PAÍS. El Mando Supremo y el Gobierno, cuando se daban cuenta del estado de la situación, se ponían al día en lo anteriormente descrito con acusaciones recíprocas, viendo cada uno los males producidos por el otro y no queriendo reconocer los males que cada uno había causado. El Mando Supremo acusaba a la débil política interior de echar a perder el frente; el Ministerio acusaba al frente de echar a perder al país. El error consistía en no comprender que la culpa era recíproca: la guerra mal gestionada cansaba al país y el país, sin sostén, cansaba a los soldados. Aquí y allí faltaba la

disciplina. No es que el Mando Supremo no insistiese en ello. Al contrario. Pero era necesario ver cómo era aplicada esta disciplina. La burguesía convertida en oficiales muy a menudo ha ejercido su poder como un medio de coerción para beneficio propio y no por el bien común. La disciplina en Italia se entiende como obligación hacia el superior y no como tutela del inferior. De ahí toda una serie de máximas militares jocosas que esconden bajo la sonrisa la triste verdad (por ejemplo: el grado se ha hecho para abusar de él); de ahí toda una serie de costumbres y de hábitos que llevan a huir de las responsabilidades y a evitar las obligaciones disciplinarias sin romperlas formalmente. En el ejército, gran parte de las fuerzas humanas se dedica a esconder la realidad. El *súmmum* de la habilidad de un oficial de carrera -desde el viejo sargento al viejo general- consiste en hacer que el superior no se dé cuenta de cómo están las cosas. Esto se llama «valer mucho». El día de la revista deben estar todos los fusiles. Si faltan, un comandante de compañía como toca «se arregla», es decir, se los quita a una compañía menos cauta y así queda bien. Al igual que con los fusiles, sucede de este modo con todo y en todos los grados. Y eso explica cómo lo que conoce cualquier subteniente, con sus ojos y oídos en guardia, es ignorado por el Mando Supremo. La tropa no ve, demasiado a menudo, otra cara de la disciplina que la dirigida a subyugarle. No ve a los superiores sacrificarse por el deber ni mostrarse justos con todos. La vieja falta de justicia, que desde hace siglos envenena la vida italiana y ha vuelto al pueblo, especialmente al campesinado, desconfiado hacia cualquier superior y a quien intente hacerle bien, se encuentra en la vida militar tal cual, pero con efectos bastante más profundos y más graves cuanto más profundo es la huella que en ella deja la iniciativa y el poder desde arriba, cuanto más dura son las relaciones entre superiores e inferiores, cuanto más graves son los sufrimientos y las humillaciones que el castigo militar puede infligir sin apelación, sin revancha. Tal falta de justicia encontraba una tradición ya fundada en el dominio del Estado Mayor acaparador de carreras y puestos, y una base en la misma formación militar que admite la discusión de los órdenes y del Terror de los Jefes. Sucede de esta manera que el pueblo continuó sintiendo, bajo las armas, las mismas injusticias y sufriendo el peso de las mismas camarillas (intendencias, etc...) contra las que la autoridad del Estado no se ha hecho valer; y mientras por el aire volaban las palabras de solidaridad y de concordia patria, en la práctica la Patria, como había estado ausente en su existencia civil, continuaba estando ausente en su existencia militar. Habían crecido los peligros, los malestares, las fatigas: la familia estaba alejada; pero desde el patrón y desde el recaudador antiguo, desde el carabinero y desde el tendero de la vida civil que pasan a la oficial, al intendente y al bodeguero, la diferencia no era grande: se encontraba los mismos sistemas y las mismas opresiones.

En el país las cosas no podían ir mejor, dado que la clase burguesa, apoderándose de Italia con el evangelio del liberalismo, no había conservado de este sino la parte menos adecuada para vencer una guerra: es decir, la libertad política. El liberalismo económico, el liberalismo educador nacional habían sido completamente olvidados. El Estado ya no era el órgano vivo y enérgico, la consciencia ética y religiosa concebida por la vieja Derecha. Los funcionarios podían perfectamente traicionar la guerra deseada por el Estado, porque no eran castigados. A los enemigos se les daba la libertad, no solo de residencia, sino de propaganda. Alemanes pequeños y gordos se las arreglaban para esparcir el descontento, las noticias falsas y los elogios a su país. A los neutrales se les endosaban encima importantes cargas. ¡Estos entraban incluso en los órganos oficiales de la propaganda interior y exterior! El gobierno, que en los primeros meses de guerra, debido al entusiasmo popular, podía haber pedido al pueblo cualquier sacrificio y habría podido desalojar de la nación todos los elementos

infieles, quiso que el país siguiera hacia delante como si la guerra no existiera y como si no hubiera adversarios de guerra que no cesaban en las hostilidades.

Mientras centenares de generales, con o sin razón, pero ciertamente con gran energía, se veían mandados al frente, durante dos años de guerra ningún prefecto neutral, ningún director general incapaz, ningún sujeto de templada confianza, fue expulsado o degradado. Y sin embargo, unos pocos solemnes ejemplos bastarían para incentivar el deseo en los recalcitrantes y la inclinación de los mal dispuestos. Para el consumo se proponía una política colectiva que desbarajustaba todas las vías naturales del comercio y disgustaba e impresionaba a todos los productores, volviendo las condiciones de vida bastante más difíciles de las que habrían sido si el Gobierno no se hubiese ocupado de nada. La farsa de los huevos se mezclaba con la tragedia de las naves ocultas por los precios oficiales, que la bestialidad nacional se obstinaba a querer aplicar, aunque blasfemara sobre tal o cual precio oficial, como mal aplicado, sin logar comprender el daño de cada precio oficial en general.

LA PROPAGANDA SOCIALISTA Y PAPAL. Hay quien acusa a los socialistas, hay quien acusa al Papa, o a los dos, como culpables de la catástrofe. Pero se olvida de que ninguna propaganda puede causar daño donde el terreno no se ha preparado, y que aquel que ha preparado el terreno es tan culpable como quien ha esparcido la semilla. Lo grave para una nación ya no es que los elementos desorganizadores puedan llevar a cabo su obra de disgregación y de enflaquecimiento, cuanto que esos encuentren de repente a la gente lista para escucharlos. Y otro tanto se puede decir de las traiciones, del espionaje, de los engaños enemigos, estrategias que han sido probadas y usadas contra ingleses y franceses, pero que no han tenido el resultado que se ha visto en nosotros, porque allá la compañía nacional es más compacta y unida. Un país como el nuestro ofrece el terrible espectáculo de una parte de la población que alaba al enemigo, una parte de la población que se declara indiferente a vivir bajo el extranjero, parte de la población que abastece a los submarinos enemigos y hace de espía para el enemigo. El hecho verdaderamente grave es este y no la instigación socialista y papal, que adquieren valor solo debido a esa falta de cohesión, de amor patrio, de fe en las clases dirigentes, de cualquier cultura y sentimiento de independencia.

¡Hay demasiada disposición a la esclavitud en Italia!

Es cierto que la propaganda socialista y papal se desarrolla con la máxima libertad. La papal con el consentimiento inconsciente del Mando Supremo por vía de los Capellanes militares. Esta fue, sin duda, eficaz en el frente. En los últimos meses los soldados manifestaban abiertamente su voluntad de acabar la guerra antes del invierno. Fue simbólico el rechazo de toda una brigada a coger las capas de invierno. En el país, y sobre todo en los campos de ciertas regiones como Piamonte, Emilia o Toscana, se escuchaba lo mismo. En todas partes la preparación psicológica para la revolución se concluía con aquel tácito consentimiento de debilidad de los órganos superiores, de las clases dirigentes y del personal encargado de reprimir y vigilar, cosa que es el característico abandono al que se lanzan ciertos cuerpos sociales en el momento en que una crisis está a punto de estallar. Se sentía cada fuerza de reacción acallarse en las clases que habían querido la guerra. Estos escuchaban en los lugares públicos y en las casas privadas la promesa de revolución, escuchaban cómo se expresaba el descontento general, sin pensar en dominarlo o sofocarlo. A menudo se unían por debilidad. Pero mientras todos se esperaban la revolución en el país después de la guerra, y lanzaban las miradas a ese lado, una huelga general estallaba en un sitio mucho más peligroso, en un momento muy crítico, con consecuencias

mucho más peligrosas: era la huelga general de los combatientes que sucedía en el frente a la zona donde los alemanes atacaban. La catástrofe no es más que la huelga general de casi toda la segunda armada, compuesta por 700.000 soldados, un tercio del ejército en la primera línea del frente.

QUÉ SABÍA EL MANDO SUPREMO. ¿Cómo el Mando Supremo no se dio cuenta de esta preparación, la cual no debía escapársele a un observador medio decente que hubiera hecho una visita en aquellos días al frente a condición de que no fuera vestido de general? En parte, el Mando Supremo se había dado cuenta del malestar pero, ya que no percibía que nacía, en gran medida, de la dirección dada a la guerra, y no era posible repararlo sino transformando la conducta de esta, atribuía todo a la política interior y sobre esta poco se esforzaba en influir. Pero no todo era percibido por el Mando Supremo, alrededor de todo esto, el terror de los castigos era tal que la débil consciencia de muchos jefes prefería callar y esconder los defectos al revelárselo, incurriendo a la acostumbrada destitución. El Mando Supremo nunca se daba cuenta de los inconvenientes que nacían de sus propios órdenes, de la conducta general de la guerra, del carácter del pueblo: y volvía responsable también de esto a los hombres propuestos al mando. Con esto favorecía la terrible inclinación del espíritu militar de carrera, para quien ya no había que reparar un desorden, sino esconderlo al superior. Cuando se logra esto, todo va bien. De esa manera, generales y coroneles han escondido revoluciones, amotinamientos, desórdenes, malestar al Mando Supremo. Y los disturbios, el pánico y las desbandadas se han podido preparar a escondidas del Mando Supremo.

EL PERIODISMO-LOS CORRESPONSALES DE GUERRA. Un velo entre lo que sucedía en el frente y en el país estaba siendo tejido por los periodistas. Italia ha sido sostenida desde siglos con mentiras, pero raramente las mentiras habían sido tan difundidas como durante estos años. Ayudaron los comunicados, la censura, la neutralidad intervencionista. Nunca se vio tan bien las consecuencias del sistema de la mentira, como durante esta guerra. El efecto de la mentira, que es inmediato, atrae siempre a las pequeñas mentes políticas que no ven y no miran hacia más lejos. Estas no se dan cuenta de los profundos daños que la mentira causa, solo se confía en ella con la vista puesta un poco por encima del hoy en día. Los comunicados no eran mentira. Eran reticentes. En pocos meses ya no fueron creídos. Lo que callaban terminaba por llegar a los oídos de todos, naturalmente multiplicado por la imaginación. La primera duda se originaba del hecho de que no estaba permitido escuchar las campanas opuestas. La censura, sobre la que entraremos a tratar los disparates políticos, se preocupa solo de las noticias falsas por pesimismo, dejando pasar, sin comprender absolutamente el peligro, toda la retórica, las adulaciones, las exageraciones y los bulos a los que se abandonaba el periodismo. La rígida regla por la cual las únicas noticias verdaderas eran las de los comunicados oficiales fue aplicada para las noticias malas, para las buenas no.

De esta manera se puede cansar al público manteniéndolo durante un año a las puertas de Gorizia, que estaba a punto de rendirse de un momento a otro, y hacerlo caminar durante dos años por el sendero de Trieste y Trento. Una parte del país ha tomado como victoria las derrotas y se ha acostumbrado a esa atmosfera de crisol que cuando ha tenido que volver a la temperatura normal, constreñidos por la realidad, ha sentido una ducha fría; y cuando llegó la ducha fría, no se tuvo el valor de dársela y se pensó en censurar el propio comunicado oficial que se leía mientras tanto en toda Europa; de este modo, todos eran considerados dignos de saber la

verdad sobre sus vergüenzas, salvo el pueblo italiano. Otra parte del país, después, no se creyó ni siquiera las verdades que le decían. Los compradores de periódicos, en particular los soldados al frente, decían decía cogiendo las hojas «dame un puñado de mentiras». Los corresponsales de la prensa, en general, han sido particularmente mentirosos. Los soldados muy pronto los odiaron. Aquella representación estereotipada del héroe, construida en la mesa del Dorta de Udine, y esa exaltación de todos los jefes más incapaces que se han mostrado en el campo de batalla europeo, disgustaba a quien veía de cerca la guerra, y ponían al país, que no la veía, en un estado de vanagloria y de don quijotismo que influía en los movimientos de la opinión pública al respecto de la política exterior. Inventada por los periodistas, Italia parecía que se había convertido en el primer país del mundo y la guerra italiana en el centro de la europea. Todos se enfadaban y se ensañaban con los extranjeros cuando estos, que oían campanas, y no solo las de nuestra casa, no parecían dar a nuestra guerra toda la importancia que debía tener según las estrategias de las redacciones. Y todos se pavoneaban cada vez que un escritorzuelo cualquiera, pagado o mimado por cualquier de nuestros agentes, publicaba en revistas o periodistas de tercera orden las mismas tonterías que habían corrido como moneda de nuevo cuño. Las campañas más absurdas, que hacían pasar en el extranjero a Italia como un país de agresores y de egoístas, de dientes afilados y de apetito formidable, eran sostenidas por toda la prensa, incluso por aquella que no habría debido apoyarlas, pero que, por su mala organización y por la debilidad de los agentes directivos, dejaba pasar en la tercera página lo que se contradecía con lo dicho en la primera. Los países que, como Grecia o Serbia, la misma Inglaterra acariciaba, eran cubiertos de improperios y parecía que eran graciosos y patrióticos, y mientras Cardona guerreaba contra los austriacos con las armas, entablaba otra guerra de pluma contra los aliados.

El intervencionismo, con su metódico y jactancioso desprecio del enemigo, con su palabrería y vacío nacionalismo, daba espacio a que el nacionalismo se rehabilitase e, ilusionando al pueblo sobre la verdad de la guerra y de las condiciones de la política exterior, preparase el retorno de Giolitti o de los giolittianos.

EL ERROR DE NUESTRA GUERRA. Aquí debemos centrarnos en el modo más general con que fue concebida la guerra por los nuestros. Unida a nuestra altivez, la idea de que se tenía que hacer una «guerra nuestra»: es decir, implantar en el pueblo la necesidad de la guerra sobre las aspiraciones nacionales en Trento y Trieste, convirtiendo el grandioso conflicto en un suceso secundario que debe encontrar su solución en el equilibrio con todos los otros problemas mundiales. Italia no sabía apartarse de la concepción doméstica y parecía que sus hombres de Estado quisieran permanecer eternamente como los provincianos de Europa. ¡No hablemos entonces de aquellas corrientes que llegaban incluso a poner en riesgo nuestra alianza y amistad con Inglaterra, por razones rastreras, por luchas vecinales y por incidentes de aldea! De esta manera hemos comenzado a declararle la guerra a Austria y no a Alemania, y con esta siempre hemos mantenido un hilo de relación, que solo en estos días se ha roto de verdad o ha sido cortado. A menudo se han denunciado los particularismos que siempre han degastado la unidad de la Alianza, y sin duda hubo por parte de cada nación, pero no faltaron ciertamente por parte de Italia. Se quería llegar a Trieste con «nuestras fuerzas».

Toda la política exterior fue conducida teniendo en cuenta una sobrestimación de nuestras fuerzas, una quimérica representación de lo que éramos y de lo que podía valer nuestra guerra en relación con las demás. El túrgido espíritu italiano nunca se había hinchado tanto como tras el avance sobre Bainsizza, que se ensalzó como la

victoria sobre todas las fuerzas de Austria y no era, desde el punto de vista estratégico general, sino el traslado más avanzado de una línea de defensa. El hombre genial que la guio no cumplió, o no pudo, quizás, cumplir todo su diseño.

Desde el punto de vista militar, se reproducía el fenómeno diplomático: la cerrazón mental era tal que no se concebía que nuestra guerra estaba conectada con la de los aliados a no ser por el intercambio de algunos productos bélicos. La guerra se dejaba a los militares sin comprender que, siendo esta solo uno de los instrumentos de la política, debía ser guiada, no en las acciones sino en las direcciones, por mentes políticas. Pero mientras los políticos responsables se cuidaban de entrometerse en cuestiones militares, dejaban, por el contrario, que los elementos militares se entrometieran en la política, incluso en la exterior, sosteniendo con sus misiones ciertos programas anexionadores, que, ciertamente, no servían para mantener buenas relaciones con los aliados.

La ligereza y la inconsciencia reinaban. No se puede perdonar la continuación de un sistema ruinoso, si el país, que no leía otra cosa sino las mentiras de los periódicos, y era por otra parte testimonio de los sacrificios que se hacían sin conocer cómo de mal eran usados, podía por eso ser excusado cuando se vanagloriaba y engañaba, a quien estaba en alto, donde la verdad podía ser conocida al menos por aquello que tenía que ver con el esfuerzo militar. Y existía quien podía pararlo, al menos con la escisión de su propia responsabilidad. Pero la excesiva bondad y la maldita costumbre italiana de no dejar un puesto cuando el programa por el que se ha ascendido no es mantenido explican la tácita adhesión y la complicidad silenciosa de hombres de gobierno a quienes no faltaba la fe intervencionista y el conocimiento del modo en que el ejército se estaba deshaciendo moralmente.

EL PUEBLO ITALIANO. Mandos militares y Gobierno provenían de la clase dirigente italiana, y la impresión que he tenido entre los mejores oficiales es la absoluta inferioridad de quien estaba arriba con respecto al que estaba abajo. Sin embargo, la clase dirigente italiana nace y proviene de la gran masa a la que llamamos pueblo. No es una casta separada. Basta con ascender en unas dos o tres generaciones de nuestros burgueses y encontraremos siempre al artesano y al campesino, en definitiva, al pueblo. Debe existir por lo tanto una cierta responsabilidad también del pueblo en general, aunque sea indiscutible que el pueblo está mal representado y que, desde generales hasta diputados y burócratas, los dirigentes son tomados en su conjunto como inferiores en mentalidad, voluntad y moralidad al propio pueblo. Tal responsabilidad puede detectarse en algunos conceptos, que rompen un poco nuestras creencias más comunes. Quizás el pueblo italiano no es tan inteligente como se cree o lo es de una forma diferente de lo que se cree. Abunda en él más astucia y buen sentido que inteligencia en el sentido más preciso de la palabra (en este caso, sin embargo, muy pocos pueblos merecerían hacerse distintivos). La astucia le sirve a nuestro pueblo, más bien, para resolver los casos personales en su vida, y el buen sentido, acompañado de cierto escepticismo, le sirve de freno a las irrupciones que su astucia y su inteligencia, con que juzga el escaso valor moral e intelectual de sus jefes, les sugerirían. ¿Por qué nuestro pueblo no se rebela más veces? De hecho, ¿por qué no se ha rebelado antes de Caporetto? He aquí la pregunta insistente que debería hacerse nuestro observador soldado. Se notaban los milagros de habilidad y de improvisación, sus extraordinarias dotes en transformar los ambientes más penosos y más feos, con cualquier señal de arte, incluso de nuestra estirpe, y también su agudeza en notar y calificar los defectos de los dirigentes, en apreciar las buenas cualidades, en descubrir las vías y los modos de la victoria (¡cuán a menudo un

sargento sabía más de estos que los generales!) Pero, ¿por qué esto nunca lograba pasar al acto concreto y colectivo? Observaremos también aquí que el uso de tantas cualidades intelectuales comienza y acaba en el propio individuo, no desemboca en un pensamiento general de acción. La crítica parece, de repente, calmarse en cuanto la realiza el individuo, pasa de la clase oprimida a la de los opresores, y puede tomar parte, aunque en menor medida, en el banquete general. Entonces, muy a menudo aquellas dotes se dan la vuelta para ejercitarse sobre los sufridores colegas de ayer; el licenciado reciente, que hasta su licenciamiento sobresalía entre los más convencidos opositores contra los favores, hoy se ríe sarcásticamente de sus compañeros dejados en el frente: «la guerra la hacen los tontos» es una frase nacida evidentemente de uno de aquellos tipos, el cual tiene su perfecto correspondiente en aquellos diputados de la oposición dispuestos a callar sus oposiciones con tal de ser llamados al Ministerio. Los peores opresores y explotadores de los soldados han sido aquellos sargentos y otros tipos «de contabilidad» que siempre se han lucrado a expensas de sus hermanos de un grado inferior y con menos astucia, con sus vicios tanto como con sus virtudes, con sus derechos como con sus deberes, haciendo pagar por la tolerancia y haciéndose recompensar por su autoridad usada abusivamente. Quizás hay en nosotros, los italianos, demasiada admiración por la inteligencia astuta que ve el hoy y no el mañana: nos quejamos de esta astucia cuando es para nuestro daño, pero la usamos para dañar a otros, solo poniendo en juego nuestro interés. A fuerza de ser astutos, se acaba por convertirse en juguetes en manos de pueblos menos inteligente, pero más tenaces en su inteligencia; y se disgrega, al comprender el interés individual, frente a pueblos que sienten más que nosotros que el interés individual está unido al colectivo. Por ello, el problema de una renovación general de la clase dirigente (revolución) no parece que haya ocupado nunca en serio a nuestro pueblo; la renovación de la clase dirigente se ha hecho a través de renovaciones parciales y casi siempre sobre la base de prevalencia de intereses individuales y por medio de astucia. Esto explica el hecho, indiscutible, de que en Italia los gobernantes sean peores que los gobernados. El ejercicio de estas astucias y artimañas ha puesto en primer lugar también el uso de la retórica, con la que se busca que las masas caigan en la trampa. Es cierto que es deplorable la escasa autoridad que los hombres de razonamiento y cifras tienen sobre nuestro pueblo frente a los charlatanes. Desde el pueblo al Parlamento, la prevalencia de hombres dotados solo de la palabra, da pena; existen demasiados abogados y demasiados oradores en puestos directivos. Y eso se refleja también en el arte, que, puro y desnudo espiritualmente, no nos falta; en el pueblo existen siempre vivos algunos genuinos manantiales, pero en la admiración general del cultivado pueblo, en el modelo de las escuelas, en la tradición hay, desgraciadamente, aún demasiados florituras y apariencias, demasiado abultamiento y falsedad. De aquí nacen infinitos velos, echados sobre la realidad, que impiden pues a todos tomar una dirección y una guía. De esta retórica se esparcen infinitas ramas por la vida política, la vida escolar y en la educación. Por ejemplo, los errores de la propaganda de guerra, fundada sobre la conquista y no sobre la defensa, sin hablar nunca de paz. Se ha pretendido del pueblo italiano, con otro carácter distinto y sin el potente sentimiento patrio e inteligencia colectiva del pueblo alemán, lo que ni siquiera a este le pedía su gobierno: luchar para conquistar kilómetros cuadrados y por la grandeza de un pasado que era ignorado. Tal propaganda era en sí la más infeliz y desastrosa, ignoraba además la de los adversarios que ahondaba en el ánimo y parecía hacerse a posta para arrancar valor a los sentimientos y la razón que habían persuadido al pueblo italiano para ir a la guerra.

LA IGNORANCIA DEL PUEBLO. A estos males se añade la ignorancia. Mientras en lo alto teníamos una apariencia de vida superior, una fachada de gran nación, con vida científica y artística, con una infraestructura de estudio, de estado y de industria, pasamos enseguida, sin transición, a través de un abismo, a una masa que ni siquiera ha llegado al nivel del cristianismo, que vive aún con una mentalidad troglodita, bárbara, no solo de mente, sino de corazón, cerrada sobre sí misma o solo alargada alrededor de la familia, pero concebida esta en un modo bestial, aunque a veces bastante rica de instintiva dulzura: es decir, esa comodidad y propiedad, más bien que esa expansión de vida humana. Toda la vida italiana se desarrolla desde hace siglos sobre esa masa, sin dejar pasar un rayo que ilumine, una caricia que apriete los lazos, una obligación que enaltezca, no sea que vaya a suscitar una reacción.

El pueblo italiano, cuando uno se le acerca, ofrece la idea de un pueblo abandonado, no desde hace una o dos generaciones, sino desde hace siglos. Se percibe a un pueblo que nunca ha sido tratado con la verdad, que nunca ha tenido justicia. Sus relaciones con la clase superior se caracterizan por la desconfianza. Interrogando a personas inteligentes que en estos años han participado en labores de asistencia o se han puesto en contacto con el pueblo a través de los mandos de las tropas, se percibe en todos la misma observación, que el pueblo desconfía del rico, del burgués, de quien se viste mejor, de quien habla mejor, de quien sabe más que él: de cualquiera que le sea superior. Esto es demasiado común, general y profundo, porque no tiene una causa permanente desde hace siglos: y precisamente es desde hace siglos que las clases dirigentes se han sucedido en el país acordándose del pueblo solo para obtener sangre y dinero. La responsabilidad de las clases dirigentes es enorme. Pero no debemos, sin embargo, olvidarnos de que un pueblo que esté dotado de otra inteligencia habría conocido el valor de la instrucción y la habría conquistado; y habría sabido exprimir de su propia sangre una aristocracia mejor que la presente, capaz de expropiar a esta del poder y de la propiedad, para conducir al propio pueblo a otros destinos.

En cambio, no se ve nada de esto. La catástrofe del frente no es una revolución. No ha sido ni siquiera una revuelta: ha sido una huelga; y esto, en tiempos de guerra, es un suicidio.

LA GUERRA Y LAS IDEAS. ¿Y de quién podía provenir esta propaganda? No hablamos desde el punto de vista intelectual. Quien hojee la producción periodística y editorial durante la etapa de la neutralidad, cuando todos tuvieron libertad de palabra (por no hablar del período siguiente en el cual la censura, permitiendo hablar solo a los intervencionistas, permitió la salida de las acostumbradas necesidades intervencionistas) se quedará impresionado por la pobreza de la producción y por la banalidad y retórica de ambas partes. La susodicha guerra de ideas se reveló en Italia como una guerra a las ideas.

Comencemos con los precedentes. Un movimiento como el irredentista no dio a Italia ni un gran libro ni un libro popular. Hemos sido más de treinta años aliados de Austria para ser sus enemigos, y no hemos tenido nunca sobre ese país y sus problemas un libro bien hecho. Si un joven italiano hubiera querido estudiar a Austria y a los problemas balcánicos, habría tenido que recurrir a libros franceses, ingleses y alemanes. Solo en los últimos tiempos hemos tenido una discreta producción, pero de ocasión, y un buen volumen histórico, pero contrario al irredentismo. Cuando se compara la producción desde el 48 al 70 con Valussi, Tommaseo, Balbo, Cattaneo, con la de los recientes años, no pongo nombres, no se puede definir la impresión que recibimos sino con una sola palabra: decadencia. Lo

que destaca en toda la producción de carácter positivo es la pobreza de ideas, de sentido histórico y de honestidad científica, mientras que donde se tratan cuestiones de principio y de ideas se queda uno asustado ante la banalidad y ligereza de estas.

La literatura de guerra es del mismo género y del mismo nivel: retórica, pesada, y fabricada con fines comerciales. Hay pocas páginas que valgan, y esas pocas de gente que no tenían el oficio de la escritura como trabajo. Pocas almas se revelaron sinceras: poquísimas y sencillas ante la muerte. Se queda uno aterrado al ver cómo la enfermedad literaria ha penetrado en las venas de nuestra nación, encontrando en las cartas de los combatientes, que además asistían al cotidiano espectáculo de atroces muertes, los acentos de limosna y las posiciones teatrales y falsas del héroe de comedia y de farsa. El soldado que detestaba al corresponsal de los periódicos (-¡si encuentro a Barzino le disparo!-) lo copiaba inconscientemente cuando escribía a casa. La mentira florecía en el terreno de la última verdad, con una tenacidad que da, de verdad, miedo, porque parece imposible que el hábito de la retórica pueda aún usarse cuando se está a un centímetro de la muerte y la trinchera desde la que se escribe puede convertirse de un momento a otro la fosa donde quedar sepultado para siempre. Parece imposible, pero esta es la realidad italiana. Esperanzas que parecen imposibles. En cambio, no toda Italia fue así. No toda Italia está representada por los canallas de las altas esferas o por las personas inconscientes de las bajas. Cuando se piensa en el no mediocre esfuerzo necesario para decidir llevar a este pueblo a la guerra, cuando se piensa en la creación, que parece un milagro, de un ejército de cuatro millones y medio con masas y con clases dirigentes semejantes, que ha resistido por dos años y medio una guerra para la que no estaba entrenado físicamente ni preparado moralmente; cuando se piensa en todo lo que en el engranaje monstruoso ha logrado salir adelante, a pesar de la pereza, los sabotajes e la ignorancia; cuando se piensa en los sacrificios voluntarios, en los ejemplos premiados, en los escondidos heroísmos, en las humildes devociones, en las obediencias infinitas, es necesario decir que hay algo mejor en el país, que hay alguien que mantiene en funcionamiento la máquina, que sufre, que trabaja, que espera, que cree y que es capaz de morir. Entonces, se revela ante los ojos del observador aquella clase, más numerosa de lo que se piensa, de italianos serios, honrados, honestos, sencillos y capaces que están todos o casi todos en puestos secundarios, que trabajan por quienes no trabajan, que sostienen por aquellos que faltan, que pagan por aquellos que viven de deudas y que mueren por aquellos que se licencian, por los que huyen y por los que traicionan. Esos italianos existen. No son muchos, aunque son más numerosos de lo que parece. Se les encuentra en las tiendas, en las oficinas, en las escuelas, en las fábricas. Se les encuentra incluso en las redacciones de los periódicos. Pero no están unidos ni organizados. La guerra ha revelado a muchos de estos. La guerra no se ha mantenido sobre jefes o sobre las masas, sino sobre estos, que eran los mejores, pero que no estaban en la cúspide, que eran los sanos, pero que no eran la mayoría. Sin poder mandar, sin pensar, ni siquiera que a ellos les pertenecía el mando, político y militar, han servido con fidelidad. Ha sido el tejido conectivo del ejército y del país, y han resistido hasta que, como un cuchillo en una red, una traición los ha rasgado.

Hemos conocido esas almas religiosas. No hay otro modo de nombrarlos, aunque no eran de cualquier religión. Sentían la seriedad de la vida, obedecían al deber con sencillez, trabajaban en la discreta sombra. Su heroísmo ha cubierto la bellaquería de la mayoría: su fatiga ha creado el mérito de la minoría. En torno a cada una de estas almas, en sus familias, entre los alumnos, entre los compañeros de oficina, de escuela, de vida, se ha difundido, como una aureola, ese sentido de una vida más

sería y más elevada, que cuando un extranjero, perteneciente a aquellas verdaderas naciones que tienen una vida propia bien desarrollada, entraba dentro como un rayo de sol que rompe el frío aire de una calle cerrada, concebía otra estima y sentía nacer Esperanza para Italia. No han quedado tan pocos. No quedarán tan pocos al final de la guerra. Hay alguno que falta, pero ha encontrado en la muerte el modo de poder hablar desde una altura que al principio le fue disputada por la miseria del país vuelto a las falsas glorias. Faltan, pero están en lo más alto. Aquellos que se encontrarán al final no serán suficientes para hacer la revolución, la verdadera, de carácter, competencias y voluntades. No la revolución que nos amenaza, nacida del rencor y de la avidez, la revolución de las repúblicas romanas con los pollos a cincuenta céntimos durante una semana o la revolución de las cooperativas de la Emilia con los bancos puestos a disposición de los proletarios organizados.

Pero, sin embargo, no son tan pocos para que Italia pueda, de hecho, menospreciarlos, y eliminarlos de su vida nacional, para que puedan todos exiliarse, irse de aquí, emigrar y decir que, al menos, quieren quitarle ese peso a sus hijos, ese gravamen de llevar por todo el mundo la cara de «italiano», de ese pueblo que -según los extranjeros- tras haber hecho una política doble, ha acabado por escapar y ha tenido que llamar a los extranjeros para defender su propia casa.

Ciertamente, al final de esta guerra, Italia será abandonada, evitada, dejada como una tierra odiosa por muchos de sus ciudadanos. Las turbas de las oficinas y de los campos irán a buscar salarios mejores. Y esto no será sino un viejo fenómeno, engrandecido. Ni leyes ni promesas los mantendrán. Pero habrá un fenómeno nuevo. Si Italia no cambia, emigrarán los jóvenes de las clases instruidas, la inteligencia, los caracteres, los ciudadanos: las almas religiosas. Emigrarán con despecho y con disgusto, con la boca amarga, sin fe en el futuro del propio país, con el voluntario y consciente abandono de quien se separa de una familia con la que están convencidos, después de atroces experiencias, de tener en común la sangre, pero no el ánimo. Desde ahora, propósitos de este género están naciendo de la desilusión y de la impotencia en la que son lanzadas las más sanas energías; y si tal emigración tuviera, de verdad, que extenderse, no quedará ningún futuro para Italia.

¿Cómo sucederá?

Es curioso que quien escribe estas páginas tenga para Italia mayores esperanzas que las que tenía antes, porque antes de esta catástrofe Italia podía alcanzar sus intentos capitales por fuerza no propia y sin que se revelasen las corrupciones de su cuerpo. Colocada entonces en un situación superior a sus capacidades e hinchada por la ventura, habría sido un país de imposible orgullo y de pronta e irreparable caída. Hoy el mal es palpable, evidente, innegable. No hay persona de sentido común que en estos días no se haya visto obligada por los sucesos a reflexionar, a mirar la realidad a la cara.

¿Querrá nuestro país aprovechar la lección?

Si salimos de la guerra con nuestras fronteras naturales y, finalmente, sabedores de nuestra realidad de pueblo que aún tiene que hacer, de nación inferior a las grandes que se disputan la dirección del mundo; si somos capaces del modesto y serio programa que supone coger a esta «pequeña Italia» y comenzar en ella la educación y el refinamiento, si podemos expulsar del gobierno a los elementos malsanos e inconscientes, iniciando desde lo alto un régimen de justicia y de severidad general, si el abismo entre quien manda y el pueblo se acorta y sucede del uno a otro un intercambio de energías y de confianza, entonces esta catástrofe no habrá sido en vano y dentro de veinte años los extranjeros deberán respetarnos bastante más de lo

que lo harían si hubiéramos asido, con inmerecida fortuna, el puesto que en el mundo no nos tocaba ni por fuerza ni por madurez de ánimo.

Traducción de Natalia Trujillo Rodríguez